



La dramaturgia: la realidad y la intensidad de su doble

PAULINA GARCÍA

Actriz y directora

Profesora de actuación del Depto. de Teatro Universidad de Chile

¿Qué buscamos en la dramaturgia, que las instancias dirigidas a incentivar y desarrollar esta esfera del teatro se han multiplicado? Basta revisar lo que ha ocurrido durante los noventa para ver cómo los montajes de textos nacionales han dado un salto cualitativo, reflejado en una escritura teatral minuciosamente buscada, que ha entrado por todas las puertas que decidieron abrirse, que no fueron pocas.

El Festival de Autores Jóvenes de la Escuela de Teatro de la Universidad Católica es uno de estos espacios que está en la búsqueda de la nueva dramaturgia local y, con ese horizonte, abrió este invierno la segunda versión de un evento iniciado hace dos años. En esta ocasión se seleccionaron tres textos de autoras —todas pertenecientes a esa Escuela— que fueron montados en toda su extensión. No hubo sinopsis o adaptaciones que exigieran cortes en mérito al tiempo de duración de los montajes. Cada obra tuvo un mes de ensayos bajo la dirección de directores también egresados de dicha Escuela, y actores de gran categoría, como Tito Bustamante, Marés González, Claudio Rodríguez, entre otros. La escenografía estuvo a cargo de Paul Erlandsen, quien diseñó para los tres montajes una estructura modular sin muros que cada director ajustó según sus necesidades estéticas y espaciales.

Todo texto escrito da cuenta de su tiempo, escribe Inés M. Stranger en el programa del evento, y la dramaturgia sin duda no puede escaparse, ni a ésta, ni a la inquietante propuesta artaudiana, donde no sólo se le toma el pulso a una sociedad, sino también se le

obliga a convertirse en el doble del teatro ya que nunca —como se ha dicho— se es más verdadero y perfecto que en la escena.

En esta oportunidad vimos los clásicos elementos que conforman la dramaturgia contemporánea: el fragmento, el medio desligado del fin, el clímax sin desenlace, las frases hechas que estructuran el cotidiano y la cotidianeidad aprisionante, los juegos eternizados, perversos e inconducentes, el estilo como estructura, la farsa revisitada. Los vicios del lobo exhibidos —aunque éste pierda el pelo— intentan en su desenfreno dar cuenta del momento que vivimos. En ese esfuerzo, se encuentra una forma y un contenido intercambiándose el lugar, sin ritmo ni transición. El texto, más cruel que nunca. Porque esta vez la dramaturgia se ha saltado la realidad o ha extraviado su sentido, prescindiendo de elementos fundamentales del devenir de una sociedad y constitutivos de su historia. De allí que surge la inquietud por saber desde qué lugar hablan las mujeres postmodernas, qué están señalando con sus narraciones barrocas en el verbo y en la imagen. Con personajes sobrecargados y tramas exuberantes. ¿Cuál es la realidad que visualizan y a cuál aspiran estas jóvenes autoras?

Por un lado están los personajes cliché en la sordidez y en la soledad de **Llámame, no te arrepentirás**, de Francisca Bernardi, dirigida por Claudia Echenique, en donde una Elena desesperadamente complicada se enreda con un masajista alcohólico y culposo que —como se espera— no se hace cargo de una hija que resulta ser brillante en términos emocionales.

Completa el cuadro una madre que lo odiosa no le quita lo zorra.

Todos ellos se relacionan desde la manida soledad envueltos por una formalidad kitch tanto en el planteamiento espacial como en el de vestuario. El punto de vista teatral se ciñe a las apuestas que hace el texto como lo son el cliché, el *recoveco*, el barroco, estilo que se vuelve estructural, entregando una realidad que, suponemos, intenta ser reflejo de algún ámbito de la sociedad local, apareciendo este concepto como una posibilidad, dados los múltiples referentes que se tienen de estas situaciones en nuestra sociedad. Pero el resultado más se parece a un mix entre serie familiar gringa y una teleserie venezolana, en donde la cursilería es parte de una cultura, real y no estéril, como deja entrever el texto.

Si revisamos el siguiente montaje, **Tango**, escrita por Ana María Harcha y dirigida por Verónica García-Huidobro, nos topamos con dos mujeres que para apalear la soledad en que viven se han estructurado la vida de acuerdo a los diferentes juegos que se inventan, y que tienen la cualidad de variar según la ocasión. Esta fatídica vez, ya que es la última, se incluye un cartero absolutamente único en su especie, siendo ésta la posible razón para retenerlo como víctima de sus travesuras. A poco andar la escena demuestra que el cartero también se las trae y que no se anda con chicas y es quien, además de darle sabor a la vida de estas *sievelingnianas* hermanas, le aporta el elemento distanciador tanto a la dramaturgia como a la propuesta escénica. Y, aunque la historia en sí adolecía de buenas razones para explicar el devenir de los acontecimientos, es éste el montaje que más riesgos corre en tanto estructura dramática y puesta en escena. En efecto, se las juegan dramaturga y directora por un lenguaje combinado entre el absurdo y el distanciamiento, manteniendo al espectador atento y alerta a los avatares de la escena. Además de apostar a una compleji-

dad de ideas vertidas en la obra, no nuevas por cierto, pero expuestas de manera creativa tanto en el texto como en la actuación, resultó ser el relato más arriesgado de todos.

Por último, el texto que cierra esta pequeña muestra de dramaturgia, **Asesinato en la calle Illionis** de Lucía de la Maza, dirigida por Horacio Videla, transcurre en un lugar del mundo del cómic, es decir, la autora nos deja muy en claro que toda coincidencia con nuestra realidad no es más que una insólita coincidencia. La historia responde a la estructura y forma de una película sobre juicios a homicidas en los que nunca falta la heroína que descubre que el asesino es bueno y que está perdidamente enamorada de él, y apuesta el pellejo demostrando la inocencia. El rol de la heroína lo ocupa una joven egresada de siquiatría que cree en las personas, un comisario que le pone



obstáculos, por otro lado está el siempre enigmático asesino atribulado por los dolores existenciales, su descarrilado y tejano abogado, un periodista que es como el compañero de oficina de Clark Kent, los testigos que son los enemigos, etc. En suma, una gama bastante variada de personajes que, estructurados alrededor del misterio del asesinato, transforman el texto en una suerte de farsa a las películas americanas dedicadas al tema de los juicios y a los cuales nuestra sociedad telespectadora está bastante acostumbrada, por no decir saturada.

Sin duda que el elemento en que se afirma una historia así es el humor y la dirección supo sacarle punta a este factor, convirtiendo aquello que en sí es tedioso en algo que gozó de cierta teatralidad, como lo fueron todas esas escenas de la cárcel, el juicio en sí y las situaciones entre el comisario y la siquiatra.

Todas las autoras han recurrido, de alguna manera, a temas que le son propios a la ciudad caótica que produce el fin de siglo, como la atomización de realidades que conviven paralelamente sin molestarse ni eliminarse, la soledad, entonces, que en medio de la compañía se vuelve un fin en sí mismo. Estos contenidos nunca son potenciados por la emoción en ninguno de los tres textos, creando un efecto de distancia sobre la distancia.

Según las escritoras, el teatro parece querer doblar una realidad que se ha vuelto más influyente que la real. El teatro, de acuerdo a lo visto en este encuentro de autores nuevos, ha puesto en la mira lo que la televisión produce, quiere ser un *remake* de ese espacio, que transforma la verdadera realidad en algo irreal, en tanto que la realidad se presenta carente de atractivos para ser registrada a través del espacio escénico, generando un *doble* irreconocible o que no tiene la voluntad de reconocerse. No queda claro la opinión que ellas quieren formular con esta rendición de cuentas, o si la hay no tiene suficiente voz aún para ser audible.

Las oportunidades para que escritores jóvenes puedan mostrar lo que están produciendo son definitivamente pocas. Si a esto le agregamos que sus obras son montadas en su totalidad con actores profesionales y producidas para ser exhibidas con cierto nivel, tenemos como resultado que la experiencia es extraordinaria y se agradece. Sobre todo porque el visualizar un primer texto permite reflexionar tempranamente para qué se está escribiendo y no dejarse seducir por este ánimo hiperproductivo al que obligan los tiempos que corren.

Al parecer, la búsqueda de nuevos textos está siempre tensionada por una esencial necesidad que tiene el ser humano de reconstituir su identidad en tanto individuo que colectiva y, definitivamente, como sociedad, esta cuenta no está saldada.

Arriba: Mario Soto y Macarena Baeza.

Abajo: Kerry Keller, Luis Dubó y Soledad Yáñez en *Llámame, no te arrepentirás*, de Francisca Bernardi.



Macarena Minguev